

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

galdós en madrid

LAS celebraciones y aniversarios no se establecen, por lo general, más que para los acontecimientos concretos y solemnes de la vida humana: nacimientos o muertes. A nadie se le ocurre, casi nunca, conmemorar las fechas decisivas del pleamar de la vida, producto muchas veces del azar, que tienen un valor concluyente en la historia. Ya nos aconteció hace unos años con motivo de la fecha —sin conmemoración alguna oficial, como era de esperar— del centenario de la frustrada ejecución de Dostoievski con los conjurados de diciembre, que sugirió en adelante su portentoso don y su vocación literaria, su reclusión en el campo de trabajo —la Casa de los Muertos— y la filosofía peculiar que es el armazón de su obra, basada en la redención por el dolor. Dicho centenario pasó inapercibido, pero era el hito ejemplar, la fecha culminante en la génesis, en el arte dostoiévskiano.

No acontece lo mismo con otro centenario que se va a celebrar —y esta vez con actos conmemorativos— cuando me dispongo a escribir estas líneas: acontecimiento paralelo en cierto modo de aquél, pero que a nosotros nos roza y nos alude inmediatamente: el de la llegada a Madrid de Benito Pérez Galdós para estudiar la carrera de leyes en la Universidad Central. Dicho centenario se produce ahora, en septiembre de 1963, y es la génesis del extraordinario mundo galdosiano, imprevisible entonces para el joven estudiante canario, pero tan permanente y vivo que hasta el presente no ha sido oscurecido por la presencia posterior de narrador español alguno.

Don Benito llegó a Madrid cumplidos sus dieciocho años y la fecha de su matrícula en la Universidad es la del 13 de septiembre de 1863. No habían apuntado aún en él las extraordinarias dotes de escritor; su inclinación artística era por entonces más bien la de las artes plásticas y existen aún algunos de los bocetos y apuntes del joven canario. Mas su presencia en la corte había de reunir y ensamblar, con ímpetu catalizador, a los dos elementos primordiales del portento: su sensibilidad y su personalidad, y el mundo circundante, que era la España histórica, los sucesos madrileños del siglo XIX, plafones de vida que estuvieron esperando su presencia en Madrid para ponerse en movimiento, para empezar a sucederse y a actuar.

Dice Graham Greene en alguna de sus novelas que el novelista —y lo aplica a uno de sus personajes— aparenta sentirse en el mundo como desplazado, en actitud expectante y huidiza, volviendo los ojos inquietos hacia todos los lados, en actitud que a los demás podrá parecer recelosa, pero que en realidad es un empeño de curiosidad, casi parecida a un peregrino espionaje de las realidades humanas vivas. En esta actitud de captación pasaria don Benito Pérez Galdós su etapa universitaria, y aun después jamás dejaría de ser el escudriñador silencioso de su mundo y de su alrededor. La vida longeva de don Benito Pérez Galdós es una vida sin aristas notables, en la apariencia; pero determinadas noticias nos hacen presumir el volcán interior que él cuidaba de sofocar día a día, sin el cual nadie podría explicarse la penetración espiritual y psicológica de sus tipos, la virulencia de las pasiones por él descritas y su sentido portentoso del color, del movi-

miento, de la gracia en las figuras femeninas de su patrimonio; tormento interno que paseó durante muchísimos años en silencio por las calles del viejo Madrid, sin tertulia y sin devaneo, como si trasladara consigo un numeroso y movedido enjambre de peligrosas pero fecundas abejas. Don Benito Pérez Galdós acertó, como ningún otro escritor, a obtener el desdoblamiento de su creación sin alterar las premisas misteriosas de su ánimo, y sin perder un mínimo de apostura cívica, operación siempre delicada para un artista de su género. Por eso su vida puede parecer átona y gris, al lado de la de las figuras de su talla: Dostoievski, Tolstoi, Balzac... Semeja —y ambos tienen cierto parentesco artístico entre sí— al itinerario, también aparentemente gris y monocorde, de aquel gran artista de la pluma que fue Chejov, médico de profesión y creador de admirables criaturas humanas sobre el papel.

La coincidencia de Galdós con su circunstancia es otro de los factores de primer rango en la explicación de su mundo. Don Benito llega a Madrid —a la historia— en un momento crucial, poco antes de que se abriera la crisálida de la España moderna. Todo lo que recogerá después en su obra había fermentado y no cabía hacer más —ni menos— que recogerlo vivo en la tinta. Llegaba en la paz efímera y falsa de la dictadura de Narváez cuando, aparte de la intentona de San Carlos de la Rápita, ningún acontecimiento revolucionario de verdadera importancia estalla-

ría hasta tres años después de su llegada a la capital, en que se sublevaría el general Prim enarbolando la bandera del partido progresista. A este pronunciamiento seguirían otros continuadamente, hasta culminar en la famosa revolución de septiembre de 1868 contra el gobierno de González Bravo, triunfadora en el puente de Alcolea. Pérez Galdós fue pues testigo, desde los bancos universitarios y desde las casas de huéspedes, de un ancho tramo de acontecimientos que son los siguientes: la caída de Isabel II, la Constitución del 69 —la más avanzada de su tiempo—, el asesinato de Prim, la Monarquía Constitucional, pero breve, de Amadeo de Saboya, la vertiginosa y desafiada República de los cuatro presidentes, que no duró más que un año, la abdicación de la reina en su hijo y la Restauración, hecha por Cánovas en la persona de Alfonso XII; lateral, pero enhebrado en ello, las facciones y las luchas carlistas, que ensangrentaron la tierra española.

¡Qué amplio panorama para tan amplio escritor! Pero Pérez Galdós elegirá, para su expectativa, otros previos alcances: la España histórica del siglo XIX, desde que éste se abrió con la guerra de la Independencia, y los bocetos magistrales de los Episodios. No será hasta su madurez en que dará comienzo y cima a su obra magistral, la más representativa de su arte y uno de los monumentos maestros de la literatura española; sin duda, después del «Quijote», la pieza magistral de nuestro arte narrativo: su «Fortunata y Jacinta».

fortunata y jacinta A menudo nos imaginamos que el mundo, en sus líneas fundamentales, acaba de empezar y que tenemos el privilegio de afrontar, crear o presenciar por vez primera unas realidades sociológicas; el equivoco y la confusión de los tiempos nos hacen pensar que acabamos de reinventar el mundo; eso no es cierto. El mundo existía ya; y no solamente existía, sino que en muchos aspectos era tan avanzado, tan sensibilizado, tan fluente como el nuestro, pese a los cohetes teledirigidos que, ésos sí, son patrimonio exclusivo de nuestra época. Al margen de la física y de la mecánica, el corazón humano y el corazón de las sociedades latía al impulso perenne de hoy. Basta con releer la admirable «Fortunata y Jacinta» para comprender que Madrid, en el compendio de la sociedad española de hace un siglo, era una ciudad viva, con una población que quizá no alcanzara los trescientos mil habitantes, pero cautivadora y apasionada, llena de lances, de íntimas luchas, de esforzados impulsos. Ese efecto, que ya se produce en algunas de las obras del padre Coloma y de la Pardo Bazán, se hace evidencia en la maravillosa novela de Benito Pérez Galdós. Jacinta es el arquetipo de una alta burguesía que sale a respirar, después de medio siglo de incertidumbres colectivas, el aire puro de la Restauración. Fortunata es la manola popular del Madrid chispero, sangre viva y pasional, alma lozana arrancada de los fastos de la Pradera, emparentada con la tradición del Goya auténtico. Entre ambas mujeres, don

Benito acierta a ensamblar un mundo vasto y completo en magistral alegoría. Una ciudad vive por sus creadores y sus artistas. Balzac es París, Dostoievski es San Petersburgo, Londres es Dickens. Pues bien: Madrid es don Benito Pérez Galdós gracias a la vez a Fortunata y a Jacinta. Por eso es capital la fecha que ahora se va a conmemorar. Porque una ciudad no son sólo sus piedras y el perimetro que ocupa en el mapa, incesantemente dilatado, sino sobre todo el alma del pueblo, inmutable y poderosa, que preconiza y se adelanta siempre a su topografía y que con antelación nos anticipa el germen de su mudanza y de su grandesa.

Dice Menéndez Pelayo referido a los «Episodios» y a propósito de don Benito —del que por cierto le separaban abismos ideológicos—: «En estas obras, cuyo sentido general es altamente educador y sano, no se enseña a odiar al enemigo, ni se aviva el rescoldo de pasiones ya casi extinguidas; tampoco se predica un absurdo y estéril cosmopolitismo, sino que se exalta y vigoriza la conciencia nacional y se le temple para nuevos conflictos, que ojalá no sobrevengan nunca; y al mismo tiempo se indican los fueros eternos e imprescriptibles de la resistencia contra el invasor injusto, sea cual fuere el manto de gloria y de poder con que quiera encubrirse la violación de derechos».

Esa es la lección de don Benito y la razón de que el homenaje —aparentemente inocuo— que los paisanos del maestro se disponen a rendirle tenga la holgura de un acontecimiento nacional.